

Temario de Revisión de Vida  
2009-210

*Luz de los Pueblos*

Motivación

“Luz de los Pueblos”. Así comienza la primera constitución apostólica del Concilio Vaticano II. Cristo es la Luz de los pueblos, y por eso, dice el primer número de este documento, el Concilio se propone exponer qué es la Iglesia. ¿Por qué? Si es Jesucristo Aquel que puede iluminar al mundo en su oscuridad, ¿no sería mejor comenzar con una presentación de Jesús de Nazaret? La respuesta la encontramos en este mismo número: La Iglesia es, en Cristo, como un sacramento e instrumento de la unión de Dios con los hombres.

Tras unos años de intensa búsqueda de un pretendido Jesús histórico fuera del testimonio de la Iglesia, hoy nos encontramos que esa búsqueda ha sido en vano. Los que en ella se han afanado, se han separado de la Iglesia y han terminado en la soledad más estéril.

No podemos encontrar a Cristo fuera del testimonio de los apóstoles, fuera de la vida de comunión de amor y verdad que Él mismo fundó, como hogar de encuentro entre Dios y los hombres. Este hogar es su propia Carne, su propio Cuerpo glorificado. Es la Comunión de su cuerpo y su sangre que hoy se sostiene por el envío perenne del Espíritu Santo. Es la Vida Santa que recibimos en los sacramentos, acciones divinas. Es la Verdad que acogemos al escuchar la Palabra de Dios que ha hablado a los hombres como a amigos.

Por eso os proponemos este año volver a sumergiros en el misterio de la Iglesia, tomando en cuenta los tesoros que contiene y disfrutando de ellos. La sociedad en la que vivimos es amenazada por muchas sombras que oscurecen la vida de los hombres. Sombras de totalitarismo, sombras de muerte, sombras de apostasía silenciosa y desprecio de Dios. La Iglesia en cada uno de nosotros, que somos sus miembros, no está exenta de las sombras de la desesperanza o de la aclimatación al mal que afecta a nuestro mundo en una especie de lenta y dulce “eutanasia”.

El Misterio mismo de la Iglesia consiste en ser Luz que resalta en la oscuridad. Es la Luz de Cristo, Amor de Dios a su creación y a la mayor de sus criaturas, el hombre, llamándole a la comunión con Él.

Al ofrecerte esta campaña para tu formación en Cristo buscamos, humildemente, reavivar en tu corazón el amor a la Iglesia. ¿Cómo no amar a la Madre de la que he sido engendrado a la Vida Eterna? ¿Cómo no amar a la Maestra que me enseña a vivir en verdad? Que este amor nos sostenga en nuestro camino y nos haga sentir cada día más con nuestra Iglesia, el Pueblo de Dios al que el Señor, por su gran misericordia, nos ha convocado.

## **Tema 1: La Iglesia, Cuerpo de Cristo** **“Permaneced en mí, como yo en vosotros” (Jn 15, 4-5)**

**Objetivo:** Reavivar la experiencia de ser miembros del único cuerpo de Cristo, la Iglesia, como un organismo vivo que tiene su origen en el amor del Señor que nos une a Él.

### **Introducción:**

“Yo soy la vid y vosotros los sarmientos” (Jn 15, 5). La imagen de la vid y los sarmientos bien puede ayudarnos a entender la necesidad de vivir en la Iglesia como perteneciendo a un organismo unido por una misma savia, que procede de una única raíz y se extiende a través de todas sus prolongaciones (LG, 7). Se trata de ver que existe un único principio de vida que alimenta a todos los sarmientos.

La comparación de la Iglesia con un cuerpo amplía la de la vid y los sarmientos y arroja luz sobre la relación estrecha e íntima entre la Iglesia y Cristo. La Iglesia no está sólo reunida en torno a Él, sino unificada *en* Él, formando su cuerpo. Tres aspectos de la Iglesia “Cuerpo de Cristo” se han de resaltar más específicamente: la unidad de todos los miembros entre sí por formar parte de un sólo organismo; Cristo, Cabeza de este cuerpo; la Iglesia, Esposa de Cristo-Cabeza (CEC, 789).

En el mundo griego se comparaba la estructura social con un organismo vivo, concretamente con un cuerpo en que todo funcionaría bien si todo permanece en su lugar cumpliendo su función. De esta manera se entendía la organización de las ciudades como el lugar donde cada uno tenía su función específica, lo cual le daba a ese ciudadano su lugar y el fruto de su trabajo sería el mejor funcionamiento del todo.

La concepción cristiana de la Iglesia como cuerpo tiene cierto paralelismo. Si es cierto que hablar de cuerpo nos habla de que todos tenemos un lugar y una vocación que anima a la totalidad, también es verdad que es más amplia, ya que Cuerpo de Cristo habla también de unidad de afecto y de voluntad: ocupamos nuestro lugar por amor a ese cuerpo. La ligazón que une a los miembros, en este caso, no es accidental, sino que estamos unidos por un mismo afecto que nos llama a participar de la misma vida del Señor. Los Apóstoles se reunieron en torno al Señor por el amor que Él tenía por cada uno de ellos, no por sus capacidades, su simpatía o su amistad previa. El motivo de permanecer juntos era que habían sido convocados por una misma llamada, nacida del afecto que Cristo tenía hacia cada uno de ellos. De mismo modo la Iglesia, se constituye en Cuerpo de Cristo porque la unidad entre los cristianos no depende de simpatías, de afinidades ni de amistades previas. Que todos seamos el Cuerpo del Señor nos despierta a la conciencia de que hemos sido convocados por el mismo amor del Señor, que me ama a mí como ama a los demás. me llama a mí a vivir la vida cristiana en función del bien de los demás, no de mi propio provecho.

Además, junto con la unidad de afecto está también a unidad de voluntad. Vemos en la comunidad que Jesús reúne para la misión que todos trabajan en lo que el Señor dispone, no en lo que cada uno quiere. Esto, además de darnos el sitio adecuado para cada uno en este cuerpo, nos enseña a vivir *hacia fuera*, es decir, buscando la voluntad del Señor, que siempre será lo mejor para mí y para el resto de la Iglesia. De modo que esta unidad de voluntad de la que hablamos es, primero, unidad de voluntad con el Señor. La voluntad del Señor siempre será para el bien de su Iglesia, así me uno en el bien en la totalidad del Cuerpo del Señor.

### *Partiendo de la Vida (Ver)*

1. Presentar hechos de mi vida o situaciones que muestren cómo mi pertenencia a la Iglesia da forma a mi relación con Cristo. Ver que en la relación con los demás mi amistad con el Señor crece o se resiente, percibir cómo una cosa depende de la otra.
2. La imagen del Cuerpo nos llama a ver cómo la voluntad de Cristo está unida a la voluntad de la Iglesia y viceversa. Convendría recordar si en alguna ocasión una decisión o formulación eclesial (tanto a nivel universal como diocesano) no la he entendido y sin embargo me he fiado; o cómo la palabra de la Iglesia me ha manifestado la voluntad de Dios para mí.
3. Puedo contar si alguna vez he tenido la experiencia de que mi vida pertenece a algo mayor que yo, si me he sentido miembro de este Cuerpo. Por ejemplo cuando en mi lugar de estudio o de trabajo donde no todos son cristianos, mi palabra significaba la palabra de toda la Iglesia, y cómo mi vida, mis gestos, mi modo de relacionarme hablaba (bien o mal) de lo que se vive en la Iglesia.
4. Es posible que alguna vez haya experimentado cómo mi desidia afecta al resto del Cuerpo y cómo esto me ha llamado a una responsabilidad mayor., Puedo presentar hechos de vida en los que se vea, por ejemplo cuando acudo poco a mi grupo de revisión o voy sin preparar la reunión, cómo esto afecta al resto y cómo esto puede ralentizar el crecimiento de los demás.

### *Iluminación desde la fe (juzgar)*

#### *A) Sagrada Escritura*

Cristo asoció a sus discípulos a su vida (Mc 1, 16-20; 3, 13-19); les dio parte en su misión y en su alegría (Lc 10, 17-20) y en sus sufrimientos (Lc 22, 28-30). Jesús anuncia una comunión misteriosa y real entre su propio Cuerpo y el nuestro: “Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” (Jn 6, 56).

Los Hechos de los Apóstoles contiene la promesa del envío del Espíritu Santo (Hch 2, 33) y con Él en cumplimiento de no quedarnos huérfanos.

San Pablo emplea la imagen del cuerpo para explicar cómo nos unimos a la muerte y resurrección de Cristo (Rm 6, 4-5; 1Co 12, 12-26). Con esto intenta dar a entender cómo todos somos uno en Cristo (Ga 3, 27-28).

Esta unión con Cristo se hace de manera ordenada y orgánica: Él es la cabeza del cuerpo (Col 1, 18), que somos nosotros. Él es el primero, origen de la vida del cuerpo. Con esta imagen del cuerpo, Pablo llama a un crecimiento de ese mismo cuerpo, de sus miembros, que somos nosotros (Col 2, 19; Ef 4, 11-16), y que el mismo Cristo es quien hace crecer.

#### *B) Magisterio*

La Iglesia es “un sólo cuerpo” (MC 7; EdeE 40) (CEC 790-791), es el “Cuerpo místico” de Cristo (LG 7; MC 28-29); con diversidad de miembros (LG 7. 13; MC 8. 10), que están llamados a vivir en la unidad (LG 32-33; GS 32; EdeE 34).

De este cuerpo que es la Iglesia, Cristo es la cabeza (CEC 792), que nos une a su Pascua (LG 7; CEC 793); que provee a nuestro crecimiento (CEC 794); Cristo y la Iglesia forman el “Cristo total” (CEC 795).

La Iglesia es “Esposa de Cristo” (CEC 796), que expresa la unidad de voluntades. Acerca de la unidad y diversidad de la Iglesia y los vínculos de unidad (CEC 814-815). Cada uno tiene su tarea en este cuerpo (ChL 20)

### ***Compromiso apostólico (juzgar)***

El compromiso debe dirigirse a fortalecer mi pertenencia al Cuerpo Místico de Cristo. Esto podría concretarse en el cuidado que requiere mi responsabilidad como miembro de un cuerpo donde si uno sufre, sufren todos. Es decir, ser vigilante “de dentro hacia afuera” ya que en algunos ámbitos de mi vida soy el único cristiano y la única imagen de la Iglesia de cara a los demás; y de “dentro hacia dentro”, en mi grupo de revisión ser diligente pensando en la totalidad del cuerpo: si “tiro para abajo”, todos bajamos, si “tiro para arriba”, todos crecemos.

Un ejemplo de lo primero, sería vivir la caridad con algunas personas en el trabajo o en los estudios; un ejemplo de lo segundo podría ser dedicar más tiempo a preparar la revisión de vida o tomar alguna responsabilidad que fuera necesaria para el bien del grupo. Otra posibilidad es contactar con alguien que esté descolgado del centro.

Como compromiso de grupo podemos preparar un cursillo de iniciación a la Acción Católica para extender la asociación en nuestra parroquia.

### ***Revisión para iniciandos***

#### ***Ver***

1.- ¿Soy consciente de que la voluntad de Cristo está plasmada en la voluntad de la Iglesia, y de que, cuando me habla la Iglesia es el mismo Jesús quien me habla?

2.- Como miembro del Cuerpo de Cristo, ¿busco mi lugar en la Iglesia de forma que pueda así aportar mi esfuerzo y mi trabajo para la consecución de sus fines?

#### ***Juzgar***

##### ***A) Sagrada Escritura***

San Pablo emplea la imagen del cuerpo para explicar cómo nos unimos a la muerte y resurrección de Cristo (Rm 6, 4-5; 1Co 12, 12-26).

Con esto intenta dar a entender cómo todos somos uno en Cristo (Ga 3, 27-28).

##### ***B) Magisterio de la Iglesia***

La Iglesia es “un sólo cuerpo” (MC 7), con diversidad de miembros (LG 7), que están llamado a vivir en la unidad (EdeE 34).

Tema 2: La Iglesia como sacramento  
“*Quien me ve a mi, ve al Padre*”  
(Jn 14, 9)

**Objetivo:** Caer en la cuenta de que la Iglesia, como signo visible de Cristo, es la única que nos lo puede mostrar, llevarnos a Él y comunicarnos su gracia.

### **Introducción**

A menudo oímos expresiones del tipo de “todas las confesiones cristianas expresan igualmente el mensaje de Cristo”, “una religión es tan buena como otra” o incluso “todas las religiones son caminos igualmente válidos para llegar a Dios”.

Sin embargo, los católicos sabemos que no tenemos en la Iglesia “un itinerario de entre muchos posibles”, sino el camino que nos lleva con seguridad, por la gracia del Espíritu Santo, a nuestra salvación. Sólo la Iglesia, constituida por Cristo-Cabeza al que se unen los fieles como miembros de un solo Cuerpo, es signo efectivo, sacramento universal de salvación (LG 48). Así, la declaración *Dominus Iesus* nos recuerda que otras religiones, cristianas o no, no pueden ser consideradas como complementarias a la Iglesia ni sustancialmente equivalentes a ella.

El Espíritu Santo, principalmente a través de los siete sacramentos, distribuye la gracia de Cristo entre los miembros de ese Cuerpo. En efecto, la Iglesia es depositaria de los sacramentos y a su vez, “ella es en el mundo el sacramento de Jesucristo, de igual manera que el mismo Jesucristo es para nosotros, en su humanidad, el sacramento de Dios” (Henri de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*). Así, la Iglesia no es un fin en sí misma sino que, como signo, continuamente nos remite a lo que representa, al mismo Cristo Jesús. No es intermediaria sino mediadora, es decir, no se interpone entre Cristo y nosotros, sino que nos asocia a Él, le hace presente entre nosotros. No es un signo pasajero ni con fecha de caducidad; siempre es capaz de seguir siendo útil: desde sus primeros tiempos hasta hoy, la Iglesia ha desempeñado y desempeña su misión de mostrar a Cristo a los hombres, conducirlos hasta Él y ser el canal por el que Él nos dispensa su gracia.

Pero la acción salvífica de la gracia santificante que se opera mediante los sacramentos demanda una unión de los miembros con Cristo, ya que Dios, que nos creó sin el concurso de nuestra voluntad, no nos salvará, como nos recuerda San Agustín, sin el ejercicio de nuestra libertad expresada en ese íntimo, ferviente y constante deseo de permanecer siempre unidos a Él en espíritu y vida para conformar el Cristo total que es la Iglesia.

Con frecuencia, sin embargo, caemos en un “catolicismo burocrático”, de mera pertenencia pasiva a una organización, suponiendo de forma más o menos consciente que la gracia que el Espíritu Santo derrama sobre nosotros por nuestra pertenencia a la Iglesia por el Bautismo es suficiente para “ir tirando en el asunto de la salvación”. Descuidamos así el carácter peregrino de la Iglesia, es decir, la dimensión de ésta como camino activo hacia el Padre hasta conseguir habitar con Él y en Él al llegar a la Iglesia triunfante.

Por otra parte, esta acción salvífica de la Iglesia no tiene exclusivamente una dimensión individual, circunscrita a una relación entre la Trinidad y cada fiel católico, sino que se expresa también en una relación de Dios con todo el género humano, relación de la que la Iglesia es signo, sacramento (LG, 1). Este inicio de unión entre Dios y los hombres representado por la Iglesia peregrina, es el que anuncia el definitivo

y pleno encuentro de la humanidad con la Trinidad. Como nos recordaba un lema de una antigua campaña del Domund, “todo el mundo tiene derecho a Jesucristo”

En definitiva, con la venida de Jesucristo Salvador, Dios ha establecido la Iglesia para la salvación de todos los hombres sin excepción (LG 17; RM 11) y de ahí su catolicidad, su universalidad.

Entre los que nos han precedido en la fe siempre se tuvo muy claro que el carácter universal de la Iglesia les impulsaba necesariamente a la misión, al anuncio de Cristo dentro de la Iglesia, para preservar y fortalecer su unidad y fuera de ella, para ir por el mundo y hacer discípulos del Señor de todos los pueblos (Mt 28, 19). Esta idea de la universalidad de la Iglesia es la que explica multitud de hechos y avatares a lo largo y ancho de la Historia de la humanidad.

Los mártires han sido, sin duda, los mejores testigos de la catolicidad de nuestra Iglesia, entregando su propia vida para dar testimonio “en tierras de misión” y en tierras pretendidamente cristianizadas. Nuestra España de hace 70 años fue un ejemplo privilegiado de esta entrega.

Sin embargo, este sentido de la catolicidad se ha ido atemperando en la conciencia de los católicos actuales, olvidando que “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2, 4).

Por ello, con frecuencia urge en el seno de la Iglesia una nueva evangelización de los mismos católicos, para recordar lo preciosa que es la perla que tenemos, como paso previo a la acción evangelizadora que debemos llevar a cabo con respecto a nuestros hermanos.

### ***Partiendo de la vida (Ver)***

1. Puedo compartir con el grupo algún momento de mi vida en el que haya dado frente a los demás un testimonio de la Iglesia como camino verdadero de salvación. Por el contrario, puedo recordar alguna circunstancia en la que ante opiniones de terceros que sostenían que todas las religiones son caminos equivalentes de salvación preferí por cobardía, por vergüenza o por respeto humano no reconocer frente a mi prójimo que la Iglesia católica es la única Esposa de Cristo, sacramento de salvación.
2. A veces, desfiguro el verdadero carácter de los sacramentos de la Iglesia, considerándolos como un trámite o un mero acto de piedad y no como una acción efectiva del Espíritu Santo de distribución de la gracia de Cristo. Contar hechos de vida que lo expresen.
3. También podría ser de gran ayuda recordar actos o actitudes que hayan puesto de manifiesto mi pasión por la evangelización, en definitiva por la salvación de los demás o, al contrario, mi indiferencia por el destino último de nuestros hermanos.
4. Puedo recordar situaciones o momentos (actos litúrgicos, peregrinaciones, Jornadas Mundiales de la Juventud, cursos de formación) en los que he experimentado el carácter universal de la Iglesia en orden a la redención de todo el género humano.
5. Presentar hechos de vida que muestran si considero a la Iglesia como algo separado de Cristo, o si por el contrario, veo en ella y a través de ella, el rostro del mismo Jesús, a quien me acerca continuamente. ¿Soy consciente de que también yo, como Iglesia que soy, debo mostrar a Cristo con mi vida?

### ***Iluminación desde la fe (Juzgar)***

### *A) Sagrada Escritura*

Jesucristo es el único sacramento del Padre (Jn 14, 1-12; Lc 10, 22). Nuestro Señor vinculó el perdón de los pecados a la fe y al Bautismo (Mc 16, 15-16), sacramento que nos hace miembros de la Iglesia; por el Bautismo participamos en la muerte y resurrección de Cristo, naciendo a una vida de salvación (Rm 6, 3-4), pues la Iglesia es sacramento de salvación.

Si es verdad que Cristo nos resucitará en el último día, también lo es, en cierto modo, que nosotros, por nuestra pertenencia a la Iglesia por el Bautismo, ya hemos resucitado con Cristo (Col 2, 12; Ef 2, 4-6).

La Iglesia reúne a hombres de toda nación, raza y pueblo (Ap 7, 9), sin distinción de origen o sexo (Gal 3, 26-28), reunión conyugal de todo el género humano con Cristo (Ef 5, 28-32).

La Iglesia es católica porque ha sido enviada por Cristo en misión a la totalidad del género humano (Mt 28, 19), porque Dios desea la salvación de todos los hombres (1 Tim 2, 4). Así, la misión de Cristo y del Espíritu se convierte en misión de la Iglesia (Jn 20, 21), misión que se extiende hasta los confines del mundo (Hch 1, 8).

### *B) Magisterio de la Iglesia*

El Catecismo nos recuerda el carácter de la Iglesia como sacramento, signo de salvación para todos los hombres a partir de la unión de la misma con Cristo (CEC 774-776).

El Concilio Vaticano II subraya el carácter de la Iglesia como sacramento universal de salvación (LG 48, SaC 46), siendo todos los hombres son llamados a formar parte del Pueblo de Dios (LG 13), ya que la obligación de llevar a cabo la actividad misionera se basa en que Dios quiere la salvación de todos (AG 7).

Juan Pablo II nos enseña que la Iglesia es signo e instrumento de salvación (RMi 9), que la salvación es ofrecida a todos los hombres (RMi 10) y que, por tanto, tenemos la obligación de evangelizar (RMi 11), porque “una religión no vale tanto como la otra” (RMi 36), tal como también recordaba la Congregación para la Doctrina de la Fe (DI 20).

También Pablo VI subraya la necesidad de proclamar el mensaje de salvación a toda la humanidad (EN 21-22).

### *Compromiso apostólico (Actuar)*

En este tema podríamos comprometernos a incluir en nuestra oración diaria la acción de gracias por esta naturaleza mediadora de la Iglesia, que no se arroga ningún mérito sino que siempre remite a Aquel al que simboliza. También podemos aprovechar cualquier ocasión que se nos presente para ser más conscientes de que nosotros, como Iglesia, también debemos siempre dejar transparentar a Cristo, en las catequesis, en los consejos que nos pidan...

Otro compromiso que podemos asumir es preparar con especialísima atención algún acontecimiento que vaya a tener lugar en nuestra familia: una boda, un bautizo, una primera comunión, para que todos lo vivamos como el cauce que Cristo ha elegido para comunicarnos su gracia.

También podría dar un testimonio a alguien de mi entorno (familia, trabajo, amigos, vecindario,...) de la Iglesia como camino cierto y seguro de salvación.

Como compromiso de grupo, podría ayudarnos un encuentro entre nosotros para participar en alguna celebración sacramental. Asimismo sería buena idea presentarnos al párroco o al grupo de liturgia para ayudar en una preparación más especial de la liturgia de la Navidad, para intentar que los fieles de nuestra parroquia vivan este misterio con más profundidad y así sigan descubriendo a Cristo a través de la Iglesia.

Tanto de forma personal como comunitaria puedo reavivar mi conciencia de la dimensión misionera de la Iglesia, participando activamente en alguna de las jornadas de misiones y dándolas a conocer (Domund, Infancia Misionera, Vocaciones Nativas...).

### ***Revisión para iniciandos***

#### ***Ver***

1.- ¿Pienso que Cristo y la Iglesia son realidades separadas que poco o nada tienen que ver, o creo que en la Iglesia y sólo en la Iglesia y a través de ella puedo encontrar al Señor?

2.- ¿Creo que la Iglesia Católica es el único cauce de salvación que Dios nos ha dado o, por el contrario, me parece que todas las religiones conducen por sí mismas a la bienaventuranza?

3.- ¿Soy consciente de que también yo, como Iglesia que soy, debo mostrar a Cristo con mi vida?

#### ***Juzgar***

##### ***A) Sagrada Escritura***

Jesucristo es el único sacramento del Padre (Jn 14, 1-12); por el Bautismo participamos en la muerte y resurrección de Cristo, naciendo una vida de salvación (Rm 6, 3-4), pues la Iglesia es sacramento de salvación.

##### ***B) Magisterio de la Iglesia***

El Catecismo nos recuerda el carácter de la Iglesia como sacramento, signo de salvación para todos los hombres a partir de la unión de la misma con Cristo (CEC 774-776).

Juan Pablo II nos enseña que la Iglesia es signo e instrumento de salvación, que la salvación es ofrecida a todos los hombres y que, por tanto, tenemos la obligación de evangelizar (RM 9-11).



### **Tema 3.- Llamada universal a la santidad.**

***“Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación” (1Tes 4,3)***

**Objetivo:** Tomar conciencia de que todos nosotros estamos llamados a la santidad y de que ésta no es un privilegio de unos pocos elegidos sino algo común y alcanzable para todos los bautizados.

#### ***Introducción.***

Muy probablemente a lo largo de nuestra vida hayamos leído la vida de algún santo. Puede que hayamos visto películas de cine basadas en la vida de personas sobresalientes, como la madre Teresa de Calcuta, o los Papas Juan XXIII o Juan Pablo II. Y es seguro que no nos equivocáramos si afirmásemos que en todos los casos anteriores se ha suscitado en nosotros una profunda admiración hacia ellos a la vez que un cierto sentido de vernos ante personas de otra categoría, otra dimensión muy superior a la nuestra. Pues bien, es lógico que podamos pensar así, pues es un sentimiento muy humano. Pero sería erróneo quedarnos ahí no profundizando en lo que supone realmente es la santidad para un cristiano.

Debemos partir de la base de que todos nosotros, por la gracia del bautismo, estamos llamados a la santidad. Sería erróneo pensar que yo no soy digno de alcanzarla. En el principio, en el Paraíso, el hombre vivía en comunión con Dios, en santidad. Este estado se rompe con el pecado. El hombre, creado en un estado de santidad, estaba destinado a ser plenamente divinizado por Dios en la gloria. Por la seducción del diablo quiso ser como Dios, pero sin Dios, antes que Dios y no según Dios (CEC 198). Pero la Encarnación del Verbo hace posible nuestra restauración y el agua del bautismo vuelve a conferirnos esa plenitud. Al recibir el santo Bautismo que nos purifica, es tan pleno y tan completo el perdón que recibimos, que no nos queda absolutamente nada por borrar, sea de la falta original, sea de las faltas cometidas por nuestra propia voluntad... (CEC 978). Nos hace “verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos” (LG 40).

Sacerdotes, consagradas y consagrados, laicos, todos estamos llamados a la santidad y ninguno de nosotros debe caer en la falsa modestia de sentirse indigno de tal llamada. Debemos, pues, ponernos en camino lo antes posible si es que todavía no lo hemos hecho. Debemos procurar la unión cada vez más íntima con Cristo, si es que todavía no la estamos buscando.

Esta unión la iremos alcanzando conforme Jesucristo ocupe el lugar central de nuestra vida. Esto se manifiesta en el amor a Dios y a los hermanos. Para que la caridad crezca es necesaria la oración, lugar íntimo de encuentro con Dios, que tiene como centro la meditación de la Palabra de Dios; No menos importante es la participación asidua en los sacramentos, de forma destacada la reconciliación y la eucaristía, el camino más común que debemos transitar hacia la santidad. Por otro lado no hemos de olvidar la abnegación, el sacrificio y el servicio como medios de purificar y dejar que el amor de Dios colme plenamente nuestro corazón. Así, nos invita el Concilio al ejercicio de todas las virtudes, destacando la caridad, “pues la caridad, como vínculo de perfección y plenitud de la ley, rige todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin. De ahí que la caridad para con Dios y para con el prójimo sea el signo distintivo del verdadero discípulo de Cristo” (LG 42).

Este amor ha sido en ocasiones ofrecido de forma radical por hermanos nuestros. Son los mártires, cuyo amor llegó hasta la entrega de su vida. Y aunque la mayoría de

nosotros no estemos llamados a ese sacrificio, no debemos olvidarlo y debemos plantearnos de forma asidua hasta dónde estamos llevando nosotros nuestro amor por los demás.

El camino hacia la santidad no es un camino sencillo y no debemos olvidarnos de que pasa por la cruz. Olvidarlo sería engañarnos. “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mt 16, 24) pero lejos de desanimarnos ante estas palabras de Jesús, debemos pensar que El estará con nosotros hasta el final de los tiempos y que su yugo es llevadero y su carga ligera.

### ***Partiendo de la vida (ver)***

1. Mostrar con hechos de vida cuál es mi actitud frente a la santidad. Si la veo como algo inalcanzable y casi ni me la planteo, o por el contrario la busco en mi día a día y es un don que le pido al Señor en la oración.

2. El camino sencillo y ordinario hacia la santidad, al que seguro estamos llamados la mayoría de nosotros, pasa por el día a día conforme a la voluntad de Dios. ¿Cuál es mi actitud frente a esta realidad? ¿Cuido convenientemente mi vida espiritual? ¿Como vivo la obediencia a la voluntad de Dios (que se manifiesta en la Iglesia), la abnegación, el servicio a los hermanos, especialmente los más humildes?

3. A veces en nuestra vida hemos tenido la suerte de cruzarnos con una persona a la que consideramos un ejemplo de santidad. ¿Cuál ha sido mi reacción? He querido imitarla, he aprendido de ella o llevado por una falsa modestia me he quedado sólo en la admiración sin que cambiara mi vida?

4. ¿Me he planteado alguna vez, además de mi propia santidad, la santidad de los que me rodean? ¿Soy consciente de mi responsabilidad en la santidad de los demás y pienso qué puedo hacer para que los otros lleguen a ser santos? Presentar hechos de vida que ilustren estas cuestiones.

### ***Iluminación desde la fe (Juzgar)***

#### ***A) Sagrada Escritura.***

A lo largo del evangelio de Juan, el amor a Dios y al prójimo es actitud constante, fuente de santidad: (Jn 13, 34; 14, 35; 15, 13; 21, 15-17)

Jesús viene a mostrarnos cómo el camino hacia el Padre pasa, por el amor perfecto: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5, 43-48; Mt 7, 13-14) El amor perfecto tiene su expresión en el amor al enemigo (Mt 5, 43-47)

En Col 3, 12, nos encontramos con un maravilloso “decálogo” de actuación en el que Pablo indica cómo deben ser nuestras entrañas para vivir según la voluntad de Dios.

Por el Bautismo hemos sido transformados en Cristo y no podemos quedarnos en el pecado (Rm 6, 1-11).

#### ***B) Magisterio de la Iglesia.***

El camino más sencillo que tenemos los cristianos hacia la santidad, pasa por la participación asidua de los sacramentos (LG 11).

Por el Bautismo hemos sido hechos realmente santos (LG 40).

LA AC es una asociación de seglares. El Concilio Vaticano II nos invita expresamente a nosotros a la santidad en la AA 3 y 4.

Sería muy bueno que no dejáramos pasar el presente tema si leer de forma detenida los números 2012 a 2016 del Catecismo, en los que nos encontraremos la “esencia” de este tema.

Al inicio de este milenio Juan Pablo II afirmó que no hay otro programa para la Iglesia fuera de la santidad. Así lo señaló en NMI 30-31. Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este alto grado de la vida cristiana ordinaria.

La esperanza cristiana no es individualista sino comunitaria: SpS 13-14; lo que hagamos por la santidad de los demás repercutirá en nuestra salvación: SpS 48.

### ***Compromiso apostólico (Actuar)***

Es más que probable que la vivencia de todo este tema nos haya llevado a plantearnos muchas preguntas sobre cuál es nuestro grado de anhelo de santidad y si estamos poniendo los medios oportunos para conseguirla. Por ello tal vez sea el momento de subir un escalón en nuestra exigencia espiritual. Rezar asiduamente si no lo hacemos, buscar un director espiritual si no lo tenemos, asistir a retiros y ejercicios, participar en jornadas de oración, vigiliias, etc.

Tal vez podamos leer la biografía de un santo, proponiéndonos no sólo admirarle sino también imitarle.

Si la santidad pasa por el amor hacia el prójimo, podíamos comprometernos a realizar algún hecho concreto hacia alguien en concreto. Pudiera ser la visita asidua a alguien que sabemos enfermo, el acercarnos de verdad a ese familiar con el que apenas nos tratamos, colaborar de forma continuada con la Cáritas de nuestra parroquia, etc.

Como compromiso de grupo, y fijándonos en el comienzo de este tema, podríamos organizar en nuestra parroquia o centro la proyección de alguna película (por ejemplo *Teresa de Calcuta, Escarlata y negro, Molokai, Don Bosco...*) en la que su protagonista o protagonistas sean personas de una santidad manifiesta, no quedándonos en ver la película sin más, sino organizando un debate bien preparado que lleve a los participantes a una profunda reflexión sobre la llamada a la santidad.

### ***Revisión para iniciandos***

#### ***Ver***

1.- ¿Me planteo la santidad como algo a lo que estoy llamado o algo superior e inalcanzable para mí?

2.- ¿Quiero vivir cada vez más unido a Jesús y soy consciente de mi responsabilidad en la santidad de los demás?

#### ***Juzgar***

##### ***A) Palabra de Dios***

Jesús viene a mostrarnos cómo el camino hacia el Padre pasa, no sólo por el perdón, sino por el amor: Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5, 43-48)

En Col 3, 12, nos encontramos con un maravilloso “decálogo” de actuación en el que Pablo indica cómo deben ser nuestras entrañas para vivir según la voluntad de Dios.

*B) Magisterio de la Iglesia*

El camino más sencillo que tenemos los cristianos hacia la santidad, pasa por la participación asidua de los sacramentos, (LG 11).

Sería muy bueno que no dejáramos pasar el presente tema si leer de forma detenida los números 2012 a 2016 del Catecismo, en los que nos encontraremos la “esencia” de este tema.

## **Tema 4: Sentido de Iglesia** **“El celo por tu casa me devora” (1 Re 29, 14)**

**Objetivo:** Avivar en los militantes el amor a la Iglesia y el deseo de conocer y participar en la vida eclesial, que nos lleve a sentir con ella sus necesidades, alegrías y preocupaciones.

### **Introducción:**

Una pareja de novios contaba en los cursos prematrimoniales a los que asistía cómo iniciaron su relación. Cuando él, después de varios intentos para convencerla de que empezaran su noviazgo volvió a la carga, ella, tratando de darle largas, le contestó: “¿Salir? Pero, si casi no te conozco... ¿Tú quién eres?” Y él, ni corto ni perezoso respondió: “¿Quién soy yo? Yo soy un hombre de Iglesia.” Ante esa respuesta, ella, que también deseaba ser una “mujer de Iglesia”, no pudo rechazarle.

¿Qué es ser un hombre de Iglesia? Un “vir eclesiasticus”. El hombre de iglesia es un hombre enamorado. Enamorado de la Iglesia, de su pasado y de su presente. Que ha descubierto en la Iglesia a la “novia” de la que habla el Apocalipsis y que se acerca a ella como una realidad-misterio que debe ser vivida, no pensada.

Es este amor el que mueve al hombre eclesiástico a conocer qué es la Iglesia a través de la Tradición y del Magisterio como la fuente de la enseñanza. Un conocimiento que es meditativo porque lo que importa no es sólo recopilar datos o ideas sino hacerlos propios para que sean principio de su actuar y vivir en el mundo. Conocimiento que suscita la obediencia de la fe y por tanto la fidelidad a la palabra recibida.

La Tradición es para el hombre de Iglesia la historia de su propia familia y mantiene al cristiano en la plenitud y la pureza de la fe; el Magisterio alumbró como un faro al hombre que busca la verdad.

El hombre eclesiástico acepta las diferencias, pero busca la unidad. El rechazo a la diversidad de carismas o la tentación de crear guetos dentro de la Iglesia, o la rigidez de la propia perspectiva tan solo conduce a la esterilidad. Católico significa universal y por tanto su pertenencia a la Iglesia dilata el corazón del hombre y le mueve a la comunión. En palabras de San Juan Crisóstomo “Porque he aquí que brota de pronto la maravilla: los que parecían ser los más extraños entre sí, los que parecían que todo les iba a distanciar y separar sin remedio, de pronto aparecen unidos”.

Es este deseo de unidad el que impulsa el amor y la preocupación por toda y cada una de las diversas vocaciones que el Espíritu Santo suscita en la Iglesia y también por las diferentes tareas o apostolados que en ella se desarrollan. Porque el hombre eclesiástico todo lo siente como suyo nada le es indiferente y participa según su propia vocación en la misión a la que ha sido llamado. Y además agradece a Dios esta riqueza de la que participa como miembro de la Iglesia. Por lo mismo no puede permanecer indiferente y sufre por los males interiores de la Iglesia.

Porque el hombre eclesiástico sabe que la Iglesia es su hogar. Es apasionante y edificante el testimonio de hermanos como Henry de Lubac que a pesar de la incomprensión y el sufrimiento que vivieron en algún momento de su vida no dudaron en hacer suyas las palabras de San Juan Crisóstomo: “¡No te separes de la Iglesia! Ningún poder tiene su fuerza. Tu esperanza es la Iglesia. Tu salud es la Iglesia. Tu

refugio es la Iglesia. Ella es más alta que el cielo y más dilatada que la tierra. Ella nunca envejece: su vigor es eterno”.

### ***Partiendo de la vida (Ver)***

1. El amor a la Iglesia es el fundamento y motor de nuestra vida eclesial. Podemos recordar algún momento en el que he experimentado este amor o por el contrario situaciones de desafección hacia la Iglesia.
2. Presentar hechos de vida en los que el Magisterio haya sido luz para mis planteamientos de vida o la toma de decisiones o por el contrario haya chocado con mis intereses.
3. A veces nos cuesta aceptar la diversidad de carismas en la Iglesia. Puedo contar hechos que iluminen esta afirmación. También puedo compartir algunas ocasiones en las que he sido cauce de unidad o he buscado la comunión con los otros.
4. “Todo es vuestro”. A través de la oración, de la intercesión y del sacrificio podemos vivir como nuestras todas y cada una de las vocaciones, tareas apostólicas. Revisar cómo participo de la vida eclesial por medio de ellas.
5. Mi sentido de Iglesia, ¿me lleva a sentir como propias las heridas de la Iglesia? ¿Sufro en mi propia persona cuando la Iglesia es atacada, menospreciada, vilipendiada? ¿Está mi corazón cerca del corazón de la Iglesia y me alegro con ella? ¿Celebro sus éxitos como propios?

### ***Iluminación desde la fe (Juzgar)***

#### ***A) Sagrada Escritura***

En el Antiguo Testamento, Elías arde en celo por la casa de Dios (1 R 19, 9-14). En Jesús se cumple esta profecía (Jn 2, 13-22). San Pablo, por su parte, presume de su trabajo y celo por la Iglesia (2 Cor 11, 23-29) y de sufrir por ella (1 Cor 1, 24).

El Evangelio ha sido escrito para nuestra enseñanza (Rm 15, 4-7); es misterio de salvación (1 Cor 15, 1-2). Es Palabra recibida de Dios (Gal 1, 11-12) con la que no se negocia (2 Cor 2, 17).

Reconocemos la diversidad de carismas y vocaciones (Rm 12, 3-13; 1º Cor 12, 27-30); pero estamos llamados a la unidad (Gal 5, 13-15).

San Pablo nos presenta la forma de trabajar en la Iglesia (Flp 2, 12-16). La oración de Jesús en Jn 17, 1-24 es nuestra oración por la Iglesia.

#### ***B) Magisterio de la Iglesia***

La lectura de los números 64 y 28 de la encíclica *Christifideles Laici* nos ilumina sobre la conciencia eclesial. En el número 83 de la encíclica *Ecclesia in Europa* vemos como la raíz es el amor.

Sobre la importancia de la formación: *Ecclesiam Suam* 20 y una formación madura: EE 50 y 52; ChL 57-60.

La fidelidad al magisterio (ES 81) y la obediencia a la autoridad (ES 107) son esenciales para el cristiano.

Debemos esforzarnos por vivir la comunión (EE 20; ES 27; TMA 34); y reconocer y valorar la diversidad de carismas y vocaciones (EE 40).

Hemos de hacer de la Iglesia casa y escuela de comunión: NMI 43

### ***Compromiso apostólico (Actuar)***

El compromiso en este tema nos tiene que ayudar a profundizar y revisar nuestro sentido eclesial. Como hemos visto, es desde el amor desde donde vivir y participar en la vida de la Iglesia. Pero el amor supone el conocimiento y lleva a la participación y vivencia.

Por tanto el compromiso tanto individual como de grupo se pueden plantear en estos dos ámbitos.

Puedo proponerme el estudio de algún tema de doctrina que no he prestado atención o interés o en el que me vendría bien mejorar esa formación que ya puedo tener.

También puedo revisar si llevo a la oración la vida de la Iglesia y de sus miembros y sus actividades, pudiendo concretarlo en mi oración por la Parroquia o la Acción Católica. Otra posibilidad es leer el libro “Testigos del Espíritu”, para conocer los distintos carismas que el Espíritu Santo ha suscitado en los nuevos movimientos.

Otro compromiso puede ser plantearme mi participación en las actividades pastorales de la Parroquia o de la AC y mostrarme disponible en la medida de mis posibilidades.

Como compromiso de grupo podemos plantearnos participar en alguna actividad de las que nos propone la Delegación Diocesana de Apostolado Seglar, como la Jornada de Apostolado Seglar o la Vigilia de Pentecostés, para tener una especial vivencia de Iglesia en comunión con nuestros compañeros de asociación de otras parroquias, con el resto de los cristianos de la diócesis y con nuestros pastores.

### ***Revisión para iniciandos***

#### ***Ver***

¿Qué significa para mí amar a la Iglesia?

¿Trato de conocerla y de obedecer su doctrina y rezo por la parroquia, la asociación y el resto de los miembros y tareas de la Iglesia?

#### ***Juzgar***

##### ***A) Sagrada Escritura***

En el Antiguo Testamento, Elías arde en celo por la casa de Dios: 1ª Reyes 19, 9-14. San Pablo, por su parte, presume de su trabajo y celo por la Iglesia: 2ª Cor 11, 23-29 y de sufrir por ella: 1ª Cor 1, 24.

##### ***B) Magisterio de la Iglesia***

La lectura de los números 64 y 28 de la encíclica *Christifideles Laici* nos ilumina sobre la conciencia eclesial.

Sobre la importancia de la formación: *Ecclesiam Suam* 20.

## **Tema 5: El corazón de la Iglesia: la Eucaristía.**

***”Tomad, comed, esto es mi cuerpo”***

***Mt 26, 26***

***Objetivo:*** Vivir la Eucaristía como centro de nuestra vida y fuente para la evangelización, siendo conscientes de que es don de Cristo a la Iglesia.

### ***Introducción:***

Siempre solemos ir a celebrar la Eucaristía a la misma parroquia, pero cuando hemos ido a otros sitios e incluso cuando nos hemos ido de viaje fuera de nuestra comunidad no nos hemos sentido extraños durante la celebración, esto es porque la Eucaristía no es una simple acción de una comunidad, es algo mucho más grande, es algo que hemos recibido de nuestro Señor, un regalo a la Iglesia. Incluso cuando hemos viajado al extranjero, participar en la Eucaristía en otro idioma no ha sido un impedimento para vivirla en plenitud, es un signo más que nos hace ver y experimentar su carácter universal y de unidad con toda la Iglesia. Esto es la Eucaristía, es don de Cristo a la Iglesia, Jesús en la Última Cena instituye la Eucaristía, pidiéndonos que repitamos estos mismos gestos hasta su vuelta. Él nos ama tanto que quiere quedarse con nosotros, dándose por entero hasta el punto de poder estar en verdadera unidad gracias a la comunión.

Este don ya lo entendían las primeras comunidades cristianas que se sienten comprometidas a hacer lo mismo: “eran constantes... en partir el pan” (He 2, 42). La liturgia ha ido sufriendo modificaciones a lo largo del tiempo pero, aunque haya cambiado de forma, la esencia es la misma, es Cristo que se nos da, porque nos ama, para que nos alimentemos de Él mismo. La Eucaristía es el modo más importante que tenemos para acceder al misterio pascual de nuestra salvación y para glorificar a Dios, podemos encontrarlo en muchos sitios, pero en ninguno más vivo y presente que en la Eucaristía. Tenemos que ser conscientes de que la Santa Misa es el acontecimiento más importante que cada día sucede en el mundo. “Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega «hasta el extremo» (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida.” (EdE 11)

Si nos damos cuenta del valor tan grande de la Eucaristía, nuestra participación será consciente, activa y fructuosa (EE 31) y cada vez habrá en nosotros un mayor y constante deseo de comunión. Y es aquí, donde tenemos a Cristo hecho alimento por nosotros, de donde tenemos que sacar fuerzas para nuestra vida, para los quehaceres del día a día, para nuestra misión de evangelizar y llevar a Cristo a todo el mundo, tarea que se nos encomienda desde el Bautismo. Podemos ver esa fuente de energía de sacerdotes prisioneros que encontraban la fuerza en la celebración de la Eucaristía. Es conocida la historia del Cardenal Van Thuân que estuvo 13 años encarcelado y durante ese tiempo llegó a escribir que el momento central de su jornada era la celebración de la Eucaristía, que celebraba con un trozo de pan y sólo tres gotas de vino y una de agua en la palma de la mano. Tanto era su amor a este sacramento que creó grupos cristianos que se reunían para celebrar la Eucaristía y organizar noches de adoración ante el Santísimo Sacramento.

Hay muchos ejemplos de personas profundamente unidas a Cristo por la Eucaristía. San Ignacio de Antioquía, antes de ser martirizado dijo “yo quiero ser devorado, molido



como trigo... para así demostrarle a Cristo Jesús el gran amor que le tengo”, haciendo así en sus últimos momentos de vida una alusión a la Eucaristía. San Ignacio llamaba a la Eucaristía “ medicina de inmortalidad” y llegó a decir que “Jesús, pan de Dios, ha de ser comido en el altar, dentro de la única Iglesia”.

### ***Partiendo de la vida (Ver)***

1. Puedo ver qué importancia tiene en mi vida la Eucaristía y qué lugar ocupa, si veo esa necesidad y la vivo como alimento cotidiano o si por el contrario es una rutina en la que estoy metido.

2. Mi participación es consciente, activa y fructuosa: sabiendo lo que ocurre en cada momento, interiorizándolo y siguiendo en oración, preocupándome en llegar antes, quedándome para dar gracias. O voy con prisa, parezco impaciente mirando el reloj y a veces casi perdiendo el respeto.

3. También puedo pensar en cómo me acerco a comulgar, si me preocupo por estar en gracia de Dios, si creo verdaderamente que es Cristo mi alimento y en qué medida eso transforma mi vida.

4. Puedo recordar alguna época de mi vida en la que haya vivido con más intensidad la Eucaristía y esto me haya ayudado y se haya visto reflejado en mi actitud y mis acciones, o por el contrario puedo buscar momentos en los que la Eucaristía no ha sido mi fuente de energía y haya vivido las cosas con más angustia, más pesimismo...

### ***Iluminación desde la fe (Juzgar)***

#### ***A) Sagrada Escritura***

Jesús anuncia por primera vez la Eucaristía, Jn 6, 51-58.

Sabiendo la importancia de lo que se acercaba, Jesús mandó a sus discípulos a preparar un buen sitio para celebrar la última cena, (Mt 14, 12-16). Todo preparado, llega el momento de celebrar la primera Eucaristía (Lc 22, 19-20).

Más tarde repite el gesto y así es como lo reconocen los discípulos de Emaús (Lc 24, 30-35). En Mt 28, 20 podemos ver cómo Jesús manda a sus discípulos que enseñen todo esto y que no olviden que Él se queda con nosotros.

Las primeras comunidades se sienten comprometidas a hacer lo mismo, lo podemos ver en los textos He 2, 42; He 2, 46-47. Y ya integrado en su vida cotidiana (Hch 20, 7; He 27, 35-36).

Pablo explica qué es la Eucaristía y cómo debemos repetir estos gestos hasta su vuelta en 1Cor 11, 23-26. La comunidad parece no entender su importancia y Pablo les corrige y les insiste en el sentido de unidad (1Cor 10, 14-22; 1Cor 11, 17-18.33).

#### ***B) Magisterio de la Iglesia***

La Eucaristía es Don de Cristo que confía a la Iglesia: EdE 11.

La Iglesia vive de la Eucaristía (LG 11, EdE 1); es el centro de la Iglesia (EdE 21-22). y construye una unidad (EdE 23-24).

El concilio Vaticano II nos exhorta a una participación activa y fructuosa (SC 48)

Para acercarse a la comunión hay que hacerlo con respeto, sabiendo lo que estamos haciendo y con un corazón limpio: (EdE 36-37, *Dominicae Cena* 7 y 11).

No nos tenemos que quedar en la celebración de la Eucaristía, la adoración a Cristo en este Sacramento de amor debe encontrar más formas: EdE 25,.

La eucaristía es, en definitiva, el origen de toda forma de santidad (SaC 94-95).

### ***Compromiso apostólico (Actuar)***

Un compromiso puede ser vivir más conscientemente la Eucaristía, para eso puedo leer libros que me ayuden a entender cada parte de la Eucaristía y me vayan ayudando en la oración interior antes, durante y después de la celebración.

Puedo pensar en participar de una forma más activa, puedo preguntar en la parroquia si hay algún grupo de liturgia que se encargue de las celebraciones y ayudar, y si no lo hay, promover la creación de uno.

Hemos visto que la adoración a este sacramento no se queda en la celebración de la Eucaristía, hay más formas, podemos organizar como grupo alguna adoración al Santísimo invitando a la gente de la parroquia, animando a más personas a hacer oración delante del Señor que se ha quedado con nosotros.

### ***Revisión para iniciandos***

#### ***Ver***

¿Cómo acudo a la Eucaristía y cuál es mi actitud durante la celebración?

Y algún acontecimiento importante: una peregrinación, un JMJ, una Eucaristía multitudinaria... ¿recuerdo haberla vivido con más intensidad? Y vivirla con tanta gente ¿me ha ayudado a notar esa unidad de Iglesia?

#### ***Juzgar***

##### ***A) Sagrada Escritura***

Todo preparado, llega el momento de celebrar la primera Eucaristía Lc 22, 19-20.

Pablo explica qué es la Eucaristía y cómo debemos repetir estos gestos hasta su vuelta en 1Cor 11, 23-26.

##### ***B) Magisterio de la Iglesia***

La Eucaristía es Don de Cristo que confía a la Iglesia: EE 11.

La Iglesia vive de la Eucaristía (LG 11), que es el centro de la Iglesia: EE 21-22.

**Tema 6: Estar en el mundo sin ser del mundo**  
*“Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué la sazonaréis?” (Mc 9, 50)*

**Objetivo:** Que cada militante sea cada vez más consciente de que es ciudadano de este mundo precisamente porque aspira a ser ciudadano del cielo y viva con optimismo su compromiso de santificación en el mundo.

**Introducción:**

En muchas ocasiones en nuestra vida podemos entrar en un conflicto de intereses, por ejemplo entre el club de fútbol al que soy aficionado o la visita a una persona que me necesita. ¿A qué debo dedicar mi tarde de domingo? Por banal que parezca el ejemplo, nos pone ante la disyuntiva que imprime toda nuestra vida como cristianos. Poseemos una doble ciudadanía: somos de este mundo y somos de la Iglesia. Y en muchas ocasiones esta doble ciudadanía se nos presenta como un enfrentamiento, nos obliga a elegir, a tomar una postura concreta, a rechazar determinadas actitudes o a elegir entre diferentes actividades.

En otros tiempos se ha podido vivir esta doble ciudadanía del cristiano como algo negativo; por lo tanto había que estar alerta, protegerse de malas influencias, luchar abiertamente contra todo lo que se oponía a la vida cristiana. Y esta visión llevaba con frecuencia a rechazar el mundo como un lugar hostil, donde el cristiano no podía ser fiel a Jesucristo.

Sin embargo debemos ser conscientes de que, quien ha colocado en el mundo a los cristianos, y de modo muy especial a los fieles laicos, ha sido el mismo Dios. No estamos en este mundo porque Dios nos haya abandonado a nuestra suerte, sino porque es aquí donde nos quiere, éste es el lugar de nuestra vocación. Para ser santos, por tanto, no debemos huir del mundo, sino tratar de que el mundo se acerque cada vez más a Dios. En palabras del cardenal Rouco a la Acción Católica en el año 2005: “Esa es justamente la vocación laical. [...] Somos cristianos no para separarnos del mundo, sino para buscar la santidad en él” (Carta Pastoral del 15 de mayo de 2005). El carácter secular es lo que caracteriza a los laicos; están llamados a “honrar a Dios en el uso de las cosas temporales y en la cooperación al progreso temporal de la sociedad” (Juan Pablo II, catequesis del 3 de noviembre de 1993).

Dios cuenta con nuestra tarea en medio de las diferentes realidades de la sociedad, la familia, la defensa de la dignidad humana, la lucha por la vida, la economía, la política, la cultura, la educación... Jesús mismo nos lo expone con tres imágenes muy sugerentes: la luz, la sal y la levadura. “Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará?” (Mt 5,13). Ciertamente en esta tarea surgirán muchas veces conflictos, enfrentamientos y dificultades, porque el mundo no acepta fácilmente la Palabra de Dios. Pero estas dificultades no nos deben llevar a rechazar las realidades del mundo: Dios las ha creado, le complacen y quiere que en ellas se realice su designio. Cuenta con nuestra lucha y nuestro esfuerzo, y nos otorga sus dones. Nos hace responsables de que su Palabra llegue a todos los seres humanos. En una de sus catequesis sobre los laicos, el Papa Juan Pablo II recogía unas palabras que el Papa Pío XII dirigió a los seglares: “Sí, penetrad, como portadores de vida, en todo lugar: en las fábricas, en la oficinas, en los campos; Cristo tiene derecho a entrar en todas partes” (catequesis del 21 de septiembre de 1994).

Un escritor anónimo del siglo II ó III describía bellamente la “admirable y singular condición de la ciudadanía” de los cristianos: “Los cristianos no se distinguen de los

demás hombres ni por la nación ni por la lengua ni por el vestido. En ningún sitio habitan ciudades propias, ni se sirven de un idioma diferente ni adoptan un género peculiar de vida [...] Se casan como todos y tienen hijos, pero no los abandonan. Comparten la mesa, pero no la cama. Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan la vida en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, pero superan las leyes con su particular manera de vivir. [...] En una palabra, lo que es el alma en el cuerpo son los cristianos en el mundo. [...] El alma vive en el cuerpo pero no tiene su origen en el cuerpo; los cristianos viven en el mundo pero no tienen su origen en el mundo” (A Diogneto, VI). Y este mismo autor de los primeros siglos del Cristianismo expone también cómo las dificultades que el mundo ofrece a esta vocación son grandes, pero no pueden contra la fuerza que guía a los cristianos, porque “Dios los estableció en un puesto tan grande que no les está permitido desertar”.

### ***Partiendo de la Vida (Ver)***

1. Puedo presentar algún momento en mi vida en el que he rechazado comprometerme más en algún ámbito, dando por hecho que ya tengo un compromiso en la Iglesia y que “los asuntos del mundo son tarea de otros”.

2. A veces nuestra condición de cristianos puede resultar como un abrigo o capa que nos quitamos o ponemos según las circunstancias. Quizás recuerde algún hecho de vida en el que haya buscado ocultar mi condición de cristiano en algún ámbito de mi vida.

3. El cristiano es ciudadano implicado en el mundo y para ello está arraigado firmemente en Jesucristo. Seguramente ha habido en mi vida situaciones en las que el mundo haya entrado en conflicto con mi fe cristiana; puedo exponer si me he dejado arrastrar o si, por el contrario, mi fe ha sido sólida.

4. El mundo se nos presenta a veces hostil, difícil, amenazador; en alguna ocasión he podido tener la tentación de huir del mundo, de desertar de mi vocación de ser fermento en la masa. Por otro lado, puedo haber comprobado en alguna ocasión que mi fidelidad a la Iglesia haya sido motivo de testimonio para otros. Expón brevemente alguna de esas ocasiones.

### ***Iluminación desde la fe (Juzgar)***

#### ***A) Sagrada Escritura***

El mundo ha nacido de las manos del Creador, que ve cómo sus obras son buenas: Gn 1,31.

Jesús nos presenta tres imágenes de la situación y vocación del cristiano en el mundo: Mt 5, 13-16, Lc 13, 20-21, Mc 9,50, Mc 4,21.

En la oración sacerdotal, Cristo nos muestra que sus discípulos están enviados al mundo, pero no son del mundo: Jn 17, 11.14-16.18.

El cristiano está en lucha permanente con el mundo: 1 Jn 3, 13. 4, 4-6. 5, 3-5; pero Cristo ya ha vencido a este mundo y nos promete la victoria: Jn 16,33.

San Pablo nos exhorta a vivir con la mirada puesta en el cielo: Col 3,1-4.

#### ***B) Magisterio de la Iglesia***

Un texto fundamental respecto al carácter secular de los laicos está en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia: LG 31. Y se incide también en ello en ChL 15.

El Catecismo dedica varios números a la vocación de los laicos y a su carácter secular, en concreto los números 897-913.

El mundo es el lugar donde los laicos realizan su vocación a la santidad: ChL 16-17. El Papa Juan Pablo II expone en detalle los campos que abarca este compromiso en el mundo: ChL 36-44.

Es Dios quien encomienda la tarea en el mundo a los cristianos: ChL 3 y 34. La Iglesia exhorta a cumplir con fidelidad los deberes temporales: GS 43, AA 6-7, EN 70.

### ***Compromiso apostólico (Actuar)***

Podemos comprometernos a estar más presentes en el mundo, como cristianos, por ejemplo, asumiendo un cargo en la asociación de padres o en el consejo escolar del colegio de nuestros hijos o en alguna asociación profesional, para así hacer llegar a todas partes el buen olor de Cristo.

También podemos comprometernos a dar un testimonio explícito de Cristo en ese ambiente en el que nos resulta más complicado: entre nuestros compañeros de trabajo, de estudios, a veces en la propia familia, etc.

Otro ámbito importante para revisar es la unidad fe-vida entre mi condición cristiana y mi condición de ciudadano, si soy coherente en las diferentes circunstancias donde pueden darse conflictos.

A veces nos podemos sentir solos como cristianos en nuestros ámbitos de trabajo o de relación. Podemos pensar algún tipo de iniciativa para dar apoyo a los cristianos que trabajan y viven en estos ambientes (profesionales sanitarios, empresarios, profesores, padres de familia...), empezando por tomar contacto con personas de la AC que trabajen en mi mismo campo.

Como grupo podemos comprometernos con alguna iniciativa ciudadana útil al bien común, sea o no de inspiración cristiana: lucha por la vida, defensa de la libertad religiosa, defensa de la libertad de educación, asistencia social... Hay muchas maneras de colaborar y de dar a conocer iniciativas valiosas.

### ***Revisión para iniciandos***

#### ***Ver***

¿Me siento ciudadano de la Iglesia y del mundo a la vez? ¿He experimentado en alguna ocasión que ser cristiano entra en conflicto con otros ámbitos de mi vida?

¿Qué visión tengo del mundo en el que vivimos? ¿Creo que es todo negativo, alejado de Dios, sin remedio o, por el contrario, creo que Dios tiene un plan de salvación también para los que viven alejados de Él?

¿Me siento llamado por Dios a ser santo en las realidades que me corresponde vivir? ¿Creo que Dios me da los dones necesarios para alcanzar aquí la santidad?

## ***Juzgar***

### ***A) Sagrada Escritura***

El cristiano es un elemento valioso en medio del mundo, no debe dejar de mostrar sus dones (Mt 5, 13-16)

Jesús sabe que la vida en el mundo es conflictiva, pero envía a sus discípulos al mundo, intercediendo por ellos (Jn 17, 13-18)

### ***B) Magisterio de la Iglesia***

Un texto fundamental respecto al carácter secular de los laicos está en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia: LG 31.

El mundo es el lugar donde los laicos realizan su vocación a la santidad: ChL 16-17. El Papa Juan Pablo II expone en detalle los campos que abarca este compromiso en el mundo: ChL 36-44.

## **Tema 7: Tentaciones con respecto a la Iglesia** **“La Iglesia progresaba en la fidelidad al Señor” (Hch 9,31)**

**Objetivo:** Hacernos conscientes de que la Iglesia es sólo obra de Cristo y caer en la cuenta de las veces en las que somos infieles a su designio, por adaptar la doctrina, por seleccionar en lo que creo y en lo que no o por erigirnos en jueces de lo que se puede cambiar.

### ***Introducción***

A lo largo de toda su historia, la Iglesia ha tenido que ir haciendo frente a distintas opiniones o doctrinas que negaban sus dogmas o se apartaban de ellos en mayor o menor medida. Apostasías y herejías han ido jalonando sus siglos de existencia, obligándola a profundizar en la fe y a abrazar con más empeño y fuerza el legado de Nuestro Señor Jesús, su Fundador.

En los últimos dos siglos, las desviaciones doctrinales parecen haber tomado un camino muy concreto que permite distinguirlas de las del pasado. Por una parte, son muy numerosas y diversas, prácticamente han atacado todos los aspectos de los dogmas y de la moral. Y por otra, contrariamente a lo que ocurría en el pasado, cuando los ataques provenían de fuera de la Iglesia o sus promotores acababan abandonándola, en estos días, sin embargo, las embestidas son lanzadas desde dentro y los que las articulan permanecen en la Iglesia. Quizá fue este hecho lo que hizo exclamar a Pablo VI que “el humo del infierno había penetrado dentro de la Iglesia”.

Estos ataques siempre han provocado un inmenso dolor a la Iglesia y a los cristianos. Nos duele profundamente cuando insultan a nuestra Madre o arremeten contra ella, más si son nuestros mismos condiscípulos. Nosotros, militantes de la Acción Católica, nunca nos veríamos en la piel de aquellos que pisotean la doctrina, la jerarquía o cualquier aspecto de la Iglesia. Jamás conscientemente haríamos nada en contra de ella o que pudiera perjudicarla ni siquiera en lo más mínimo. Eso es muy claro. Sin embargo nuestra responsabilidad sigue siendo muy grande: no sólo tenemos que ser fieles en lo mucho, también en lo poco. No basta con que no seamos los abanderados de la herejía de turno, hemos de estar en guardia para evitar que las pequeñas infidelidades que parece que no importan, se cuecen en nuestro actuar.

Y la razón para mantenerse firme en este empeño es meridiana: la Iglesia es la obra de Jesucristo, la ha hecho como ha querido, como le ha parecido que era mejor para el bien del hombre. ¿Quiénes somos nosotros o cualquier hombre, cristiano o no, a lo largo de la Historia, para llevarle la contraria? Porque la Iglesia no la han hecho los hombres, ni siquiera aquellos que en sus principios, la extendieron por todo el mundo entonces conocido. Si la Iglesia fuera una obra humana, se podría cambiar al antojo humano, pero no es así. Cristo nos la da como un regalo; un regalo que debemos aceptar entero, sin interpretaciones personales, sin adaptarla a determinados gustos o a modas pasajeras, sin elegir aquello que quiero creer o que más en sintonía está conmigo. Según dice el papa León XIII en su encíclica *Satis cognitum*, “los que toman de la doctrina cristiana sino lo que quieren, se apoyan en su propio juicio y no en la fe (...), pues tal es la naturaleza de la fe, que nada es más imposible que creer esto y dejar de creer aquello”. Los que así actúan “obedecen a sí mismos antes que a Dios”.

Hay muchas posturas que, sin llegar a ser heréticas, van poco a poco abriéndose paso y acaban por desvirtuar la imagen de la Iglesia. Con nuestra mejor intención, podemos pensar que estamos muy estrechamente unidos a la causa de la Iglesia, cuando, en realidad, lo que podemos estar haciendo es convertir nuestra propia causa en la causa de la Iglesia. En ocasiones, cuando nuestra vida espiritual flojea o parece que languidece un poco, podemos caer en la tentación de pensar que nuestra idea de la Iglesia es la Iglesia misma y la realidad puede ser que, a base de encerrarnos en los propios pensamientos y opiniones, hemos ido adaptando la Iglesia a la idea preconcebida que tenemos de ella, y que dista en mayor o menor medida del pensamiento de Jesús. Una rigidez apasionada con la que queremos imponernos a los demás so pretexto de estar defendiendo a la Iglesia; una postura defensiva ante todo cambio, renunciando al diálogo y a la asimilación de lo bueno; una canonización de nuestros prejuicios o nuestros puntos de vista disfrazándolos de adhesión a la Iglesia; dar a mi propio pensar el carácter universal de la fe, etc, son tentaciones en las que podemos caer fácilmente porque se presentan aparentando un bien. Como toda tentación que se precie, aparecen como lobo disfrazado de cordero y lo que tomamos por algo bueno, es en realidad una cuña que puede hacer saltar todo el ensamblaje y dar al traste con nuestro sentido de Iglesia.

También en este asunto, lo mejor que podemos hacer es poner proa hacia la verdad. Y la verdad es que “la Iglesia ha sido fundada y constituida por Jesucristo, Nuestro Señor; por tanto, cuando inquirimos la naturaleza de la Iglesia, lo esencial es saber lo que Jesucristo ha querido hacer”. (León XIII, *Satis cognitum* 5). La humildad viene aquí de nuevo en nuestra ayuda. No tengo yo que decidir si la Iglesia me convence en todos sus aspectos, si me conviene o me favorece. El Señor me ha llamado a su Iglesia y le doy gracias por ello, me ha concedido el don de trabajar en su viña y lo que debo hacer es pedirle la gracia para ser un siervo humilde que haga lo que se le mande. En palabras de Henri de Lubac en su libro *Meditación sobre la Iglesia*, que sirve de fondo a estas reflexiones, “en lugar de instalarnos en la Iglesia como en nuestro dominio y posesión, en vez de confundirla más o menos con nosotros, apliquémonos por el contrario, sin pretender obtener por ello un triunfo personal, a confundirnos con la Iglesia”.

### ***Partiendo de la Vida (Ver)***

1. Mostrar con hechos de vida cómo es mi actitud a la hora de defender a la Iglesia: si mi defensa es fruto de una adhesión sin fisuras; o si, por el contrario, defiendo a la Iglesia en algunos de sus planteamientos y guardo silencio cuando se trata de los que no entiendo o me cuesta más aceptar. ¿Tengo la humildad para pensar que si la Iglesia dice o hace esto o lo otro, ella es más sabia que yo y sabe lo que hace, y lo acepto de corazón aunque no lo entienda?

2. Mi adhesión a la Iglesia no puede ser una admiración completamente pueril, ya que puede haber deficiencias reales que debo ver y afrontar. ¿Cómo es mi actitud ante esto? ¿Cierro los ojos y lo paso todo por alto por no alterar las cosas o alterarme yo? O por el contrario, ¿critico de forma inmisericorde? ¿Me pongo manos a la obra una vez que hemos visto y analizado un problema o prefiero quedarme al margen?

3. Buscar hechos de vida que muestren si utilizo a la Iglesia como un instrumento para fortalecer mis opiniones, si trato de adaptarla a mi propio pensamiento ignorando ciertas cosas de ella que no me convienen; o si, por el contrario, trato de adaptarme yo a la Iglesia, cambiando mis planteamientos equivocados para que coincidan con los suyos.

4. Puede ocurrir que a veces me aferre al pasado de forma casi irracional y me niegue a aceptar cosas nuevas, buenas y válidas sólo porque no son “las de toda la vida”. ¿Me ha



ocurrido esto alguna vez? O quizá me haya pasado lo contrario: ¿he aplaudido en alguna ocasión algo novedoso sólo por ser novedoso, sin ningún discernimiento?

5. ¿Me he sorprendido alguna vez usurpando el papel de otro, por ejemplo, irrumpiendo en las tareas del sacerdote, asumiendo un papel que no me corresponde como laico?

### ***Iluminación desde la fe (Juzgar)***

#### ***A) Sagrada Escritura:***

Jesús comienza la obra de la Iglesia con unos pocos: Lc 12-32; Él es su pastor: Mt 10-16; Jn 10, 1-21; ellos son la verdadera familia de Jesús: Mt 12, 49. La intención de Cristo se hace manifiesta cuando les enseña la oración del padrenuestro: Mt 6, 9-13.

Cristo amó a su Iglesia y se entregó por ella: Ef 5, 25; igual que el Padre le ha enviado, Él envía a sus discípulos: Jn 17, 18.

Los apóstoles nos exhortan a permanecer fieles al designio que Jesús tiene sobre la Iglesia: Hch 13, 43; 14, 22; Rom 12, 1-2; a obrar según la vocación a la que hemos sido llamados: Ef 4, 1; a no obrar fuera de lo que hemos aprendido de Cristo: Ef 4, 20-24; a no confundirnos con el mundo, sino a acoger sólo lo bueno: 1 Tes 5, 21.

En varias ocasiones, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, se denuncian tergiversaciones del mensaje cristiano: Hch 7, 53; 11, 17; 15, 10-11.

Debemos abrazar por entero la Buena Nueva, sin hacer excepciones: Sant 2, 10; así “no andaremos como niños vacilantes”: Ef 4, 14-15.

#### ***B) Magisterio de la Iglesia:***

La Iglesia es designio del corazón del Padre: LG 2; prefigurada desde el origen del mundo: CEC 760; finalmente instituida por Cristo: LG 3; AG 3.

La Iglesia fue fundada para llevar fielmente a todas las gentes lo que el mismo Cristo había enseñado: SaCo (León XIII, *Satis cognitum*) 2-3; ella debe permanecer fiel a la voluntad de Dios: SaCo 4. El cristiano debe creer todo entero el mensaje de Jesús: SaCo 13; 20; 44. La Iglesia debe propagar la fe en toda su integridad: SaCo 22.

El papa Pío XII, en su encíclica *Mystici Corporis*, señala algunos de los errores más frecuentes con respecto a la Iglesia: MC 37-40.

La encíclica *Eccelesia suam* de Pablo VI es una reflexión sobre la Iglesia en la que el Papa aborda cuestiones que nos interesan sobremanera en este tema. La Iglesia debe examinarse “frente al espejo del modelo que Cristo dejó de sí”, corregir sus defectos examinando cuál es la vía para alcanzar la mayor plenitud: ES 4; debe renovar su docilidad a la palabra del Maestro y estar vigilante: ES 8; estar atenta a los peligros de adaptar sus costumbres a las del mundo: n. 23; o confundirse con él: n. 25. Hallará su renovación poniéndose en actitud de obedecer a Cristo: n. 26.

### ***Compromiso apostólico (Actuar)***

El compromiso en este tema debe ir encaminado a aumentar la correspondencia de nuestra imagen de la Iglesia con respecto a lo que es en realidad y a suprimir las pequeñas contradicciones en las que a veces incurrimos. En ese sentido, lo mejor sería ir directamente a las fuentes para saber lo que realmente quiso Cristo que fuera su Iglesia. Además de volver siempre al Evangelio, donde nos encontramos con las propias palabras de Jesucristo, estaría

muy bien comprometerse a leer con detenimiento el libro de los Hechos de los Apóstoles, en el que se narran los acontecimientos del principio y la manera en que los apóstoles iban dando respuesta según lo que Jesús les había indicado.

Otro buen compromiso sería hacer un ejercicio de abandono en la Providencia, implorando la humildad que me hace falta para admitir como buenas y queridas por Jesús, las cosas que más me cueste entender de la Iglesia, o para someterme con docilidad a la persona con autoridad que el Señor ha puesto por encima de mí, aunque a veces no comparta sus puntos de vista.

También puedo comprometerme a examinar con rigor y sin prejuicios las cosas nuevas que se me propongan, rechazando lo que no esté conforme con Cristo y asumiendo lo bueno que puedan tener, y así actualizar la sugerencia de san Pablo: “examinad todo y quedaos con lo bueno”

Como compromiso de grupo, proponemos organizar una charla-coloquio, invitando a toda la parroquia y en especial a los jóvenes, en la que se aborden algunas de las controversias más frecuentes en temas eclesiales, y se atienda a las dudas que puedan surgir en el auditorio.

### ***Revisión para iniciandos***

#### ***Ver***

¿Me he parado a pensar alguna vez si la idea que tengo de la Iglesia se ajusta al designio del Señor, o hago pequeñas adaptaciones para asemejar la Iglesia a mi forma de sentir o pensar?

¿Conozco la Iglesia en profundidad y me preocupo de formarme y profundizar en su conocimiento?

¿He aplaudido con pasión cosas novedosas que tienen que ver con la Iglesia, sólo por ser novedosas, sin ningún discernimiento?

#### ***Juzgar***

##### ***A) Sagrada Escritura:***

Los apóstoles nos exhortan a permanecer fieles al designio que Jesús tiene sobre la Iglesia: Hch 13, 43; 14, 22;

Debemos abrazar por entero la Buena Nueva, sin hacer excepciones: Sant 2, 10; así “no andaremos como niños vacilantes”: Ef 4, 14-15.

##### ***B) Magisterio de la Iglesia:***

La Iglesia es designio del corazón del Padre: LG 2.

La Iglesia fue fundada para llevar fielmente a todas las gentes lo que el mismo Cristo había enseñado: SaC (León XIII, Satis cognitum) 2-3.

## **Tema 8: Iglesia, Madre y Maestra** **“Mujer, ahí tienes a tu Hijo” (Jn 19, 26)**

**Objetivo:** Descubrir en la Iglesia a esa madre y maestra que ama incondicionalmente a sus hijos, los mira con ternura, desea su salvación y que, además, nos muestra a Jesús y nos lo da a conocer.

### ***Introducción***

Al pensar en una madre, en nuestra madre, ciertos sentimientos e imágenes nos vienen a la cabeza. En primer lugar, nos inspira un sentimiento de ternura, de amor; percibimos que nos quiere e, inconscientemente, el sentimiento tiende a ser recíproco. Es inevitable la sensación de protección y seguridad que nos proporciona. Desde pequeños, a quien hemos acudido instintivamente ante cualquier problema es a ella, nos volvemos hacia nuestra madre porque sabemos que a su lado, en sus brazos, no hay peligro. Además un madre, al pensar en su hijo por encima de todo, trata de darle lo mejor. Aunque haya veces que no entendamos por qué hace las cosas, nos queda la certeza de que es lo mejor para nosotros. En segundo lugar, y no por ello menos importante, nos enseña, nos educa; desde la más tierna infancia, ella, junto al padre, son los primeros maestros de cada persona.

A medida que hemos ido creciendo, hemos ido siendo cada vez más libres para decidir y tomar distintos caminos. De esta forma, hemos obedecido o no a nuestra madre. Sin embargo, pasase lo que pasase, ella siempre ha permanecido ahí, esperando con los brazos abiertos hasta que cada hijo volviese.

¿Y por qué una madre actúa de esa manera? La razón última por la que ofrece y da todo eso a su hijo, es el amor. Un amor desinteresado y libre, un amor que surge desde el primer momento y que no termina.

San Cipriano dice que “no puede tener a Dios como Padre quien no tiene a la Iglesia como madre”. Pues bien, la Iglesia es nuestra madre hasta el punto de poder establecer la comparación de que el hijo es a la madre como el cristiano a la Iglesia. Ella es esa madre acogedora que ofrece protección y seguridad desde el preciso momento del bautismo haciéndonos “miembros del Cuerpo de Cristo” (CEC 2040). Todos los miembros estamos a disposición los unos de los otros, cada uno aporta algo, la Iglesia se vale de nosotros mismos para cuidarnos. Como una madre con sus hijos, para ella es muy importante la unidad. Unidad significa comunión. La Iglesia, para ser comunidad, tiene que ser jerarquía, y por eso obedecemos a las personas que la rigen de forma filial. Cuando en ocasiones desobedecemos, siempre tiene una mano abierta en nuestra dirección dispuesta a la reconciliación. Es también esa madre que piensa en nosotros y que, aunque a veces no entendamos el porqué de las cosas, sabemos que ni en ella ni en lo que hace hay maldad y que siempre es por nuestro bien. Ella quiere lo mejor para sus hijos y por eso nos ofrece los Sacramentos para que conozcamos a Jesús resucitado, para que podamos llegar hasta Él y así alcanzar la Salvación.

Ella es esa maestra a la que se le confió la ley de Dios para que la transmitiese. La Iglesia, en nombre de Jesús, nos muestra el camino de la felicidad y nos enseña la Palabra de Dios como criterio de vida. A lo largo de su historia, en la Iglesia siempre ha habido personas sabias, escogidas por el Señor para profundizar en el conocimiento de los Misterios divinos y enseñarlos a los fieles. En los dos últimos siglos, tenemos la suerte de haber contado con papas preocupados por todos los temas que interesan al hombre. Los han estudiado y nos han dado a conocer a todos la opinión de la Iglesia

sobre ellos. Encíclicas, cartas apostólicas y mensajes de todo tipo se nos ofrecen para completar nuestro conocimiento de los dogmas, la espiritualidad, la moral, la doctrina de la Iglesia en materia social, etc. Constituyen un tesoro que está a nuestra disposición para enriquecernos. No nos dé miedo acercarnos al Magisterio de la Iglesia, no nos dé miedo estar cada vez más formados para poder dar mejor razón de nuestra fe.

Por otra parte, la Iglesia tiene en su seno grandes santos que amaron a la Iglesia profundamente. Un claro ejemplo fue santa Teresa de Jesús, que antes de morir y como resumen de su vida, dijo: “Al fin muero hija de la Iglesia”. La Iglesia, tiene muy presente a sus santos para que los imitemos y aprendamos de ellos. En especial tiene a la Virgen María, madre de Jesús y madre nuestra desde el mismo momento de la muerte de Jesucristo. Es nuestra intercesora ante Dios Padre y en ella encontramos el más claro ejemplo de obediencia y amor incondicional.

En definitiva, la Iglesia es el lugar donde el cristiano está llamado a realizar su vocación en comunión con todos sus hermanos.

### ***Partiendo de la vida (Ver)***

1. Buscar un hecho de vida en el que haya notado los cuidados maternales de la Iglesia, por ejemplo, a través de alguna persona.

2. Mostrar un hecho concreto en el que haya visto a la Iglesia como a una maestra que me enseña y guía en mi camino, por ejemplo, leyendo la vida de un santo, mediante charlas de formación... ¿Trato de acercarme poco a poco al Magisterio para poder profundizar en mi conocimiento de Cristo y de la Iglesia?

3. Presentar un hecho en el que haya notado cómo mi obediencia ante algo que no llegaba a compartir del todo me ha acercado más a Dios descubriendo que en la obediencia está la felicidad.

4. Mostrar un hecho en el que me he sentido verdaderamente hijo de la Iglesia siendo acogido en algún lugar determinado, o que, por el contrario, me he sentido alejado o apartado.

### ***Iluminación desde la fe (Juzgar)***

#### ***A) Sagrada Escritura***

La Iglesia es la Verdad: 1 Tm 3, 15.

En Jn 13,6-7 (el lavatorio de los pies), Simón Pedro no entiende lo que le dice Jesús.

En Lc 5,4-11 (la pesca milagrosa), obedeciendo sin saber muy bien porqué echan las redes.

Lc 1, 26-38 relata el sí incondicional de María ante el anuncio del ángel.

Jesús, después del envío, dice a sus discípulos en Lc 10, 16 que quien a ellos escucha, a Él escucha.

En Mt 7, 24-29 se resalta la importancia de tener una base sólida.

Jn 6, 68: Simón Pedro reconoce que es sólo Jesús quien tiene palabras de vida eterna.

#### ***B) Magisterio de la Iglesia***

En CEC 2030, se resume cómo la Iglesia es madre y maestra. Para conocer lo que significa el oficio magisterial del Papa y de los Obispos, podemos leer LG 25. Aquí encontraremos también los grados de obediencia que requieren los diversos actos

magisteriales. Sobre la importancia del magisterio en la conducta moral de los fieles, VS 3 y 25 (muy importantes para el momento actual).

En CEC 2037 vemos cómo la Ley de Dios es confiada a la Iglesia. En CEC 2041, 2042 y 2043, encontramos los mandamientos de la Iglesia.

Acerca de cómo los laicos son formados por la Iglesia educadora, puedes ver ChL 61

En LG 61 se explica por qué María es nuestra madre, en el 64 se habla de la maternidad de la Virgen; en LG 65 se propone a María como imagen y ejemplo a seguir.

### ***Compromiso apostólico (Actuar)***

En la vida, en cualquier relación humana, cuanto más se conoce algo o a alguien, más se le quiere. La Iglesia como maestra nos propone muchos medios de formación, sería interesante comprometerse a asistir a charlas de formación, aulas de teología, cursos de verano... que se ofrezcan desde la parroquia o desde el Consejo Diocesano.

En este sentido, también sería interesante leer vidas de santos, ejemplos de amor a la Iglesia, para que, acercándonos más a sus vidas, podamos tomarlos como referentes.

Una forma de contribuir con la Iglesia en su condición de maestra es ofreciéndonos como catequistas en la parroquia, iniciadores de Acción Católica... En su condición de madre, ofreciéndonos a ayudar en Caritas atendiendo a todas las personas que acuden o asistiendo como voluntario a las casas que tienen las monjas de la caridad de atención a los pobres.

También podemos comprometernos a acercarnos más al Magisterio leyendo alguna encíclica que trate algún tema que nos interese o nos preocupe especialmente.

Como compromiso de grupo, podemos interesarnos por el Código de Derecho Canónico, ¿sabemos que nos afecta como laicos? Podríamos invitar a nuestro párroco o consiliario a que nos hable de ello.

### ***Revisión para iniciandos***

#### ***Ver***

En mi vida, ¿en qué momentos noto que la Iglesia me ha cuidado y me sigue cuidando de forma maternal? ¿Me siento hijo suyo?

¿Aprovecho los medios de los que se vale la Iglesia para enseñarme y trato de acercarme poco a poco al Magisterio?

#### ***Juzgar***

##### ***A) Sagrada Escritura***

En Jn 13,6-7 (el lavatorio de los pies), Simón Pedro no entiende lo que le dice Jesús.

Lc 1, 26-38 relata el sí incondicional de María ante el anuncio del ángel.

En Mt 7, 24-29 se resalta la importancia de tener una base sólida.

##### ***B) Magisterio de la Iglesia***

En CEC 2030, se resume cómo la Iglesia es madre y maestra.

En CEC 2041-2043, se dan los mandamientos de la Iglesia.